

WENDY HIGGINS



LA GRAN  
CACERÍA

DESTINO

WENDY HIGGINS

# LA GRAN CACERÍA

LIBRO PRIMERO DE LA DUCOLOGÍA EURONA

TRADUCCIÓN DE:  
GABRIELA FABRYKANT





# REINOS DE EURONA Y SUS GOBERNANTES

LOCHLANACH, LAS TIERRAS DE AGUA  
Rey Charles y reina Lighlane Lockson

ASCOMANNI, LAS TIERRAS FRÍAS  
Rey Dagur y reina Agnetha Vikani

TORESTA, LAS TIERRAS MONTAÑOSAS  
Rey Gavrill y reina Lavrenty Cliftonia

ZORFINA, LAS TIERRAS SECAS  
Rey Addar y reina Meira Zandbur

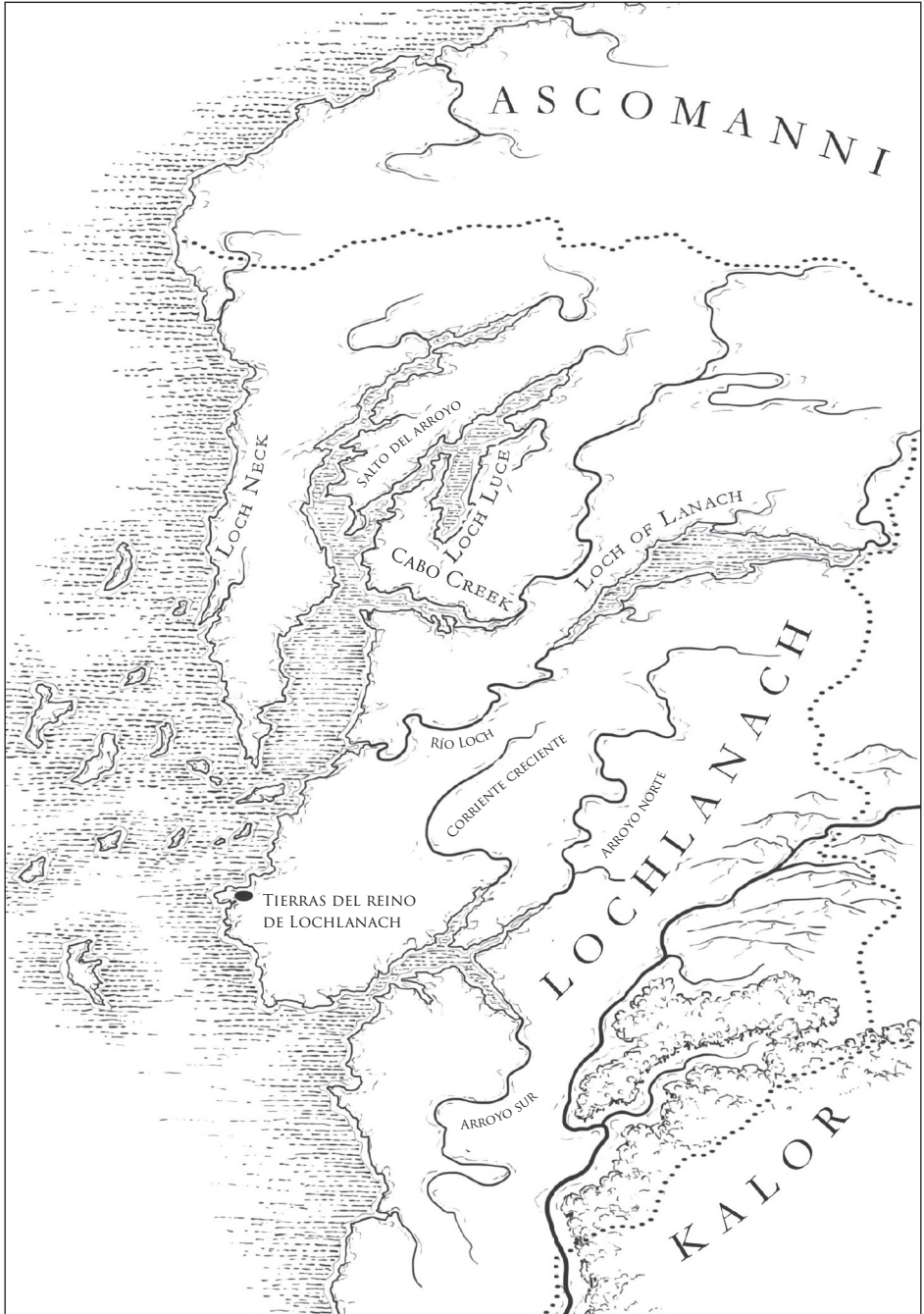
KALOR, LAS TIERRAS CÁLIDAS  
Príncipe Vito Kalieno

## FAMILIA REAL LOCHLANACH

REY CHARLES Y REINA LIGHLANE LOCKSON  
Princesa Aerity (17)  
Princesa Vixie (15)  
Príncipe Donubhan (10)

LORD PRESTON Y LADY ASHLEY WAVECREST  
(Hermana menor del Rey)  
Lady Wyneth (18)  
Master Bowen (14)  
Master Brixton (12)  
Master Wyatt (9)

LORD JAMES AND LADY FAITH BAYCREEK  
(La hermana más joven del Rey)  
Master Leo (12)  
Lady Caileen (8)  
Lady Merity (6)





TIERRAS DEL REINO  
DE LOCHLANACH



- 1 CASTILLO
- 2 ZONA COMÚN DEL OESTE
- 3 ISLA DEL CANGREJO ROJO
- 4 ISLA DE LOCH
- 5 MUELLES REALES
- 6 PUERTO DEL COMERCIO REAL
- 7 COMANDO DEL MAR
- 8 ESTABLOS
- 9 MERCADO REAL
- 10 JARDINES

## CAPÍTULO UNO

Una temprana brisa de otoño sopló sobre el ancho y profundo arroyo Lanach. La luz de la luna captó la conmoción de los rizos de color rojo anaranjado de Wyneth cuando dejaba que su prometido, Breckon, la recostara en el extremo del muelle. Apenas podía ver su rostro en la oscuridad de la noche mientras él se inclinaba suavemente sobre ella, pero conocía todos sus ángulos y planos de memoria.

Otra brisa corrió por el arroyo desde el mar cercano, pero el calor combinado de la pareja los protegió contra su frialdad.

—No quiero que te vayas —susurró Wyneth.

—Si fuera por mí, me quedaría aquí contigo. Pero es mi deber. —Se inclinó y la besó suavemente al principio, luego más profundo. Wyneth inclinó la rodilla, dejando que las capas de seda de su vestido cayeran hacia atrás para exponer su pierna. La mano de Breckon se ahuecó detrás de su rodilla, deslizándose hacia arriba más de lo que nunca le había permitido que la tocara antes.

—Solo piensa —dijo Breckon, respirando cada vez más rápido—. En tres meses, volveré del mar y finalmente nos casaremos.

Wyneth gimió, sin querer que sus manos dejaran de moverse.

—Desearía que fuera ahora.

Acercó su cara a la de él, sintiéndose descarada y ansiosa del contacto con sus suaves labios. Ella odiaba cuando él se iba al mar; siempre la llenaba de una punzada de preocupación y anhelo. Wyneth instó a Breckon a acercarse.

Un susurro resonó en los oscuros bosques cercanos. Ellos se detuvieron y escucharon.

El ruido se volvió como un crujido de hojas secas y maleza. Definitivamente era movimiento.

A las apuradas, se incorporaron, Wyneth tiró de su falda hacia abajo. Breckon dejó la mano lista sobre la daga de su cinturón.

Todo estaba en silencio, excepto el murmullo de los insectos de agua, las ranas, y el chapoteo de las pequeñas olas en la orilla.

—¿Crees que alguien está espiando? —susurró Wyneth. Se imaginó a su joven primo, el príncipe Donubhan, y su banda de buscapleitos, pero la reina lo destrozaría si se había escapado después del anochecer.

—No. —Breckon negó con la cabeza, con un mechón de pelo caído sobre su frente preocupada—. Muy probablemente sea un ciervo. —Pero al oído de Wyneth, no sonaba tan seguro.

Se relajó y sonrió a Wyneth, pero el ánimo se había roto ante la idea de que alguien observara su momento íntimo juntos. Era imposible encontrar privacidad entre las paredes del castillo con la familia real, los sirvientes y los guardias navales corriendo alrededor. Los muelles privados en la noche habían sido su única esperanza.

—Tal vez deberíamos volver —dijo sin ganas cuando Breckon se inclinó para depositar una seguidilla de besos bajando por su cuello hasta la clavícula.

Breckon rio.

—Te preocupas demasiado. Estamos a salvo y solos, te lo aseguro. Nunca arriesgaría tu seguridad o tu reputación.

O la suya propia. Siendo el capitán naval más joven, las acciones de Breckon Gillfín estaban bajo constante escrutinio. Los traficantes

de chismes decían que había avanzado rápidamente en la jerarquía debido a su largo compromiso con la sobrina del rey, pero cualquier persona que hubiera visto en acción a Breckon sabía que no era el caso. El rey Charles Lochson no tenía favoritos. Breckon era valiente, leal y motivado. Estas fueron las razones por las que su familia aceptó el cortejo y la oferta de matrimonio de Breckon cuando Wyneth solo tenía dieciséis años. Había esperado pacientemente estos dos años, trabajando duro todo el tiempo, y después de esta próxima temporada corta en el mar su larga espera por fin habría terminado.

Otro ruido de roce entre los árboles hizo que se separaran de nuevo. Esta vez ambos se pusieron de pie. Algo o alguien sin duda estaba por ahí. Breckon observó los árboles con el ceño fruncido.

En la oscuridad, una gran sombra se movió por los árboles cubiertos de musgo que se balanceaban. Ella agarró el brazo de Breckon mientras observaba fijamente los árboles. La daga de él, que Wyneth no había visto desenvainar, brillaba bajo la luna.

—¿Quién está ahí? —llamó Breckon—. ¡Muéstrate!

Los árboles se aquietaron. Incluso los insectos y ranas dejaron su charla. Estaba demasiado tranquilo. El corazón de Wyneth se aceleró.

—¿Y si es la gran bestia? —preguntó ella con un temblor en la voz.

Breckon le lanzó una sonrisa triste y frotó su mano, que probablemente le estaba cortando la circulación en el bíceps.

—Sabes que la gran bestia es solamente un cuento de los plebeyos para imponer un toque de queda entre sus jóvenes. Además, las tierras reales están protegidas por los muros del castillo. Probablemente es un ciervo. Desearía tener mi arco...

Su voz se apagó mientras escrutaban la oscuridad del bosque.

Los rumores de una gran bestia habían surgido en las Tierras de Agua de Lochlanach a lo largo del verano. Cuatro plebeyos habían sido asesinados, todos de noche, dejando atrás solo restos de sus

cuerpos. Cuento o no, las doncellas reales que hacían sus compras fuera de los muros del castillo dijeron que nunca habían visto tal temor entre la gente.

Justo cuando Breckon estaba a punto de envainar la daga, un resoplido profundo retumbó desde los árboles.

—¡Oh, *mis tierras!* —Wyneth estaba congelada—. ¿Qué fue eso? Breckon se tensó y bajó la voz.

—¿Un jabalí salvaje, tal vez?

Wyneth nunca había oído hablar de jabalíes salvajes en tierras reales. Solo ciervos y criaturas pequeñas.

—Quédate aquí —ordenó Breckon—. Voy a asustarlo para que se aleje.

—¡No! —Ella aferró su mano y él la besó en la frente, haciendo palanca para alejarse suavemente.

Antes de que pudiera dar dos pasos, la sombra oscura de los árboles se definió como una masa marrón en el camino de arena. Ambos se miraron, sin atreverse a moverse.

Era más alto que cualquier hombre, de pie sobre sus patas traseras. Wyneth se quedó sin aliento y dudó de su propia cordura mientras miraba con incredulidad. Su cuerpo era enorme, del tamaño de un oso, con un pelo tieso como nada que hubiera visto nunca. Su cara era tan fea como la de un jabalí. Colmillos curvados en torno a un hocico babeante, dientes afilados que brillaban. Sus ojos pequeños captaban de modo sobrecogedor el reflejo de la luna. Todo en su postura y actitud gritaba salvaje. Mortal. Imposible.

La longitud del muelle los separaba de la *cosa*, pero no era lo suficiente para ella. No estaba ni en broma lo suficientemente lejos.

Wyneth no podía respirar. Su mandíbula colgaba abierta, preparada para gritar, pero ni un sonido escapó. Nunca había conocido un terror así de paralizante. Ni siquiera Breckon se movió, excepto por la respiración irregular que agitaba su pecho.

La gran bestia *no era* un cuento cuidadosamente ideado. Era real.

—Quédate detrás de mí —susurró Breckon sin moverse—. Si pasa algo, nada por tu vida a través del arroyo. ¿Lo entiendes?

Por un momento Wyneth no pudo responder. Entonces su voz se quebró mientras susurraba frenéticamente:

—¡No puedo dejarte! Ven conmigo. Nademos juntos. —Quería tomar su mano, pero estaba rígida por el terror, y temía darle a la bestia una razón para atacar. Tal vez si se quedaban muy quietos y en silencio se alejaría.

Cuando Breckon giró la cabeza hacia ella, la insistencia en sus ojos, ese pequeño movimiento fue todo lo que hizo falta. La gran bestia soltó un rugido, forzando un grito de sorpresa de Wyneth. Breckon maldijo entre dientes. La cosa arremetió por el largo muelle, sus pasos sorprendentemente silenciosos, porque Wyneth esperaba el estruendo de los cascos, no grandes zarpas. Pero entonces sintió cuán pesado era al avanzar sacudiendo la madera bajo sus pies con cada paso.

—¡Vete! —gritó Breckon.

Al mismo tiempo, ella lo aferró por el brazo y gritó:

—¡Salta!

Pero Breckon no tenía planeado huir de la bestia. Sujetó la cintura de Wyneth y la empujó hacia atrás con todas sus fuerzas. Ella sintió que volaba por el aire lejos del muelle, todo el aliento abandonando sus pulmones mientras su cuerpo se sumergía de golpe en el agua fría. Todo el sonido acallado. La incredulidad la golpeó una vez más.

Esto no podía estar pasando. No así. No era real.

Pero cuando su rostro húmedo golpeó el aire y recuperó el aliento solo le tomó un momento volverse hacia los sonidos guturales y ver el monstruo alcanzar a Breckon, elevándose sobre él.

¡Por todos los cielos!

—¡Breck!

—¡Nada! —Se hizo a un lado para evitar la boca de la bestia—. ¡Busca ayuda! —Breckon impulsó su fuerte hombro contra el abdo-

men de la bestia y comenzaron a luchar, con el ruido de los gruñidos y resoplidos que flotaba sobre el agua.

Finalmente Wyneth salió de su estupor inducido por el miedo y el instinto de escapar despertó en ella. No podía luchar contra esta cosa con Breckon, pero podía hacer lo que le había ordenado: buscar ayuda. Se dio la vuelta y nadó con todas sus fuerzas. Pataleó y sus brazos se deslizaron a través del agua como si la bestia estuviera justo detrás de ella. De hecho, esperaba oír a la cosa lanzarse al agua en cualquier momento, pero eso nunca ocurrió. Wyneth apenas oyó gritos ahogados de su prometido mientras luchaba por su vida en el muelle detrás de ella.

Breckon era un excelente marino y soldado. Un luchador sin miedo. Tenía su cuchillo. La bestia no era más que un animal: no podía competir con su prometido.

Él estará *bien*, se repitió Wyneth a sí misma con cada rápida brazada en el agua.

Después de nadar unos noventa metros, su cuerpo estaba entumecido cuando llegó al muelle del otro lado del arroyo. Se incorporó, jadeando en busca de aire y maldiciendo sus prendas húmedas y pesadas. Sus mirada recorrió el agua, pero se movía con la misma velocidad lenta y calma de siempre. Luego permitió que sus ojos buscaran el muelle más allá.

La gran bestia no estaba a la vista, y la esperanza creció en su pecho.

El muelle estaba cubierto de humedad que brillaba bajo la luna. Sangre. Tanta sangre, y un repugnante rastro de huellas de zarpas gigantes que llevaba hasta el muelle. Toda esperanza se desvaneció cuando comprendió qué era lo que yacía en el borde de las tablas de madera. En el mismo lugar donde se habían besado solo unos momentos antes, estaban los restos del gran amor de su vida.

## CAPÍTULO DOS

Paxton Seabolt se sentó en un taburete de madera con sus codos en la gastada barra de madera, bebiendo su cerveza y escuchando la charla de dos muchachas excitadas en una mesa detrás de él. Sintió sus ojos en la espalda, pero no estaba de humor para coqueteos. ¿Acaso no sabían que uno de sus propios marineros había muerto dos noches antes a manos de la gran bestia?

El hombre había trabajado con su padre durante años, acarreado ostras y almejas. Paxton recordó su risa ronca, que siempre parecía demasiado profunda para su rostro demacrado y su delgado cuerpo.

Otros hombres y mujeres del pueblo de Cabo Creek fueron llegando al oscuro pub directamente del trabajo, trayendo olores pantanosos de agua salada, caras taciturnas, susurrando detalles de los nuevos rumores.

—Mató a otras seis personas en las Ciudades de Agua durante los meses de verano, ya sabes...

—El viejo Perl dijo que lo vio con sus propios ojos... Dijo que era una criatura gigante como nada que hubiera visto antes.

Paxton hubiera dudado de esos dichos si el viejo Perl no fuera tan sólido y respetable como era.

Cuando una pareja de mujeres de edad irrumpió en el pub, Paxton vio el aviso que había sido clavado en la puerta el día antes: una orden oficial del ejército real para quedarse puertas adentro una vez que se pusiera el sol. Un toque de queda nocturno. Al parecer, la bestia tenía hábitos nocturnos.

—¿Han oído? —preguntó una de las mujeres a la gente en el pub—. ¡Dicen que la bestia atacó las tierras reales ayer por la noche!

—Imposible —dijo el cantinero—. Están fortificadas. Nada puede atravesar esas paredes.

—No sé cómo llegó la cosa hasta allí, pero mató a uno de sus oficiales.

El cantinero tomó un trapo y frotó una mancha de humedad.

—Bueno, si eso es cierto, tal vez finalmente vayan a hacer algo al respecto.

—Sí —acordó Paxton con un bufido—. Tal vez finalmente nos crean a los asquerosos plebeyos.

El barman miró el vaso casi vacío de Paxton y lo llenó otra vez sin preguntarle.

—¿Cómo fue la cacería hoy, Pax?

Paxton se encogió de hombros, frustrado por no haber visto ningún ciervo ese día.

—Solo un conejo.

—Tu madre seguramente hará algo bueno con eso. —Colocó la cerveza frente a Paxton y luego se limpió las manos en el sucio delantal.

Justo cuando Paxton levantó el vaso hasta sus labios, alguien empujó demasiado cerca y golpeó su brazo, derramando cerveza por su barbilla y la parte delantera de su túnica. Miró el rostro sonriente de Tiern, su joven hermano.

—Ey, te ha caído un poco allí, Pax. —Tiern apuntó a su barbilla que goteaba. Las chicas detrás de ellos rieron y Tiern las recompensó con una sonrisa.

—No me hagas quebrarte, ramita torpe. —Paxton se limpió la barbilla con el dorso de la muñeca, pero Tiern no parecía perturbado por el oscuro estado de ánimo de su hermano mayor. El más joven de los hermanos Seabolt parecía tan entero como siempre, con su pelo castaño recogido ordenadamente, en contraste con los mechones ondulados de Paxton que colgaban desordenados alrededor de su cara.

—Todo el mundo está sacudido por este monstruo, ¿no? —Tiern tomó un taburete tambaleante, raspando el piso de tierra dura, y se sentó.

El barman observó el rostro juvenil de Tiern.

—¿Qué vas a tomar hoy?

—Solo agua para él —dijo Paxton. Cuando Tiern frunció el ceño, continuó—. No necesitamos que te pongas tonto con una cerveza.

—No me pongo *tonto*.

El cantinero se rio y sirvió agua de una jarra.

—Sí, lo haces. Empiezas a abrazar a todo el mundo y a contarles todas las cosas que te gustan de ellos.

Tiern hizo una mueca y tomó su agua, murmurando:

—No es un crimen ser amigable —abruptamente dejó el agua—. ¡Oh! ¿Han oído de la señora Mallory? —Su rostro estaba inusualmente serio.

Las orejas de Paxton se elevaron.

—¿Está en trabajo de parto?

—¿Ya? —preguntó el cantinero.

—Sí, lo está, y es demasiado pronto. Mamá estaba corriendo a su casa para ayudar cuando me fui.

El estómago de Paxton se agrió. El cantinero sacudió la cabeza y miró hacia otro lado. Nunca era una sorpresa que un embarazo se malograra, aunque cada vez era como un golpe para el pueblo. Las tasas de natalidad en Lochlanach estaban en un mínimo his-

tórico: solo cuatro niños menores de cinco años en todo el pueblo. Se decía que ocurría lo mismo en todas las tierras de Eurona, que había disminuido drásticamente en los últimos cien años, aunque nadie sabía por qué. Muchos culpaban a los azotados, como si fuera una especie de maldición mágica. Paxton sabía la verdad, pero no podía expresar su teoría sin ser visto como un simpatizante de los azotados.

En ese momento la puerta de roble del pub se abrió con una explosión y el marido de Mallory apareció de golpe, con su cara cenicienta y los ojos rojos. La gente le abrió paso mientras se movía hasta la barra, mirando a su alrededor frenéticamente como si estuviera perdido.

—Lord Sandbar —dijo el cantinero—. ¿Qué necesita?

—Yo... alcohol. Para evitar la infección. —Miró a su alrededor salvajemente, los hombros rotando—. Había dos. Gemelos... chicos. Ambos se han ido. —Toda la barra quedó sin aliento cuando una ola de remordimiento atravesó la habitación. El señor Sandbar llevó una mano temblorosa a su pelo revuelto.

—Mallory está sangrando demasiado.

—Está bien, hombre. Mantenga la calma para ella. —El cantinero llenó un vaso con líquido claro y lo empujó hacia adelante.

—No puedo pagar ahora. Yo...

—No se preocupe por eso. Sé que es de confianza.

Antes de que el señor Sandbar pudiera tomar la copa, la puerta se abrió de nuevo y todo el mundo se quedó quieto. En el umbral apareció el señor Riverton, un hombre de aspecto común de unos treinta años. Pero para el pueblo no era común en absoluto: era su único azotado registrado. Rara vez salía, excepto para recoger una botella de hidromiel de la barra de vez en cuando. Paxton sintió como su cuerpo se tensaba mientras sus vecinos del pueblo miraban al hombre. Al señor Riverton no le había ido bien en los últimos años, pero a un azotado tampoco le ocurría nunca. Parecían enve-

jecer más rápido que las personas normales, y morían décadas antes de lo que debieran. No ayudaba que la mayoría no pudiera encontrar trabajo y tuviera que vivir de la tierra o morir de hambre.

Paxton había descubierto a su propia madre dejándole alimentos a escondidas al señor Riverton en su porche una mañana temprano, pero nunca le dijo que la había visto.

El marido de Mallory comenzó a respirar rápido y desparejo cuando vio al hombre azotado.

El señor Riverton miró las caras que lo observaban fijamente a su alrededor, deteniéndose en la del señor Sandbar.

—Lo... siento. Solo estaba recogiendo algo para llevarme... Voy a... —Su mano buscó a tientas la puerta para salir, pero el señor Sandbar voló por la habitación preso de la rabia, y sacó de su bolsillo un cuchillo que empujó contra la garganta del hombre azotado, presionándolo contra la pared. Todo el mundo se apiñó hacia adelante para ver. Paxton y Tiern saltaron de sus sillas, empujando a través de la multitud.

—¿¡Qué le has hecho a ella!? —gritó el señor Sandbar.

El señor Riverton mantuvo las manos levantadas y los ojos cerrados.

—¡Yo no hice nada, lo juro!

—Vi que la mirabas dos días atrás. ¡Observaste su estómago! ¿Qué hiciste?

—Me alegré de ver lo bien que estaba progresando, ¡eso es todo!

—¡Mentiras! —El señor Sandbar oprimió con más fuerza contra la garganta del hombre azotado, haciendo fluir un hilo de sangre—. ¡Eres un asqueroso asesino! ¡Al igual que tu héroe, Rocato!

Los ojos aterrados del señor Riverton se abrieron de golpe.

—¡Rocato era un loco! No soy como él...

—¡Más mentiras! —El grito del señor Sandbar salió como un sollozo mientras las lágrimas comenzaban a filtrarse desde sus ojos furiosos—. ¡Tomaste a mis hijos, solo por mirarla!

—¡Lord Sandbar! —gritó Paxton. Aferró al hombre sufriendo por el hombro—. No puede hacerle daño con sus ojos, usted sabe eso. Tiene que tocar con las manos para hacer magia, y estoy seguro de que nunca ha llegado tan cerca. ¿Estoy en lo cierto?

Paxton miró al señor Riverton, que murmuró con voz ronca:

—Nunca la toqué.

—Vamos —dijo Paxton—. Vamos a llevarte de nuevo con Mallory. —Le dio al hombre un suave empujón para despegar sus ojos desorbitados del aterrado y acorralado azotado.

Tiern, que había tenido la precaución de agarrar la copa de alcohol, tomó la mano del marido de Mallory y colocó la copa en ella. El brazo que blandía el cuchillo cayó y sus ojos se aclararon, y pareció recordar por qué había venido.

—Voy a ir contigo —dijo Tiern. Acompañó al hombre afligido fuera del bar.

La gente continuó observando al señor Riverton, que llevó una mano temblorosa a su cuello ensangrentado. Echó una última mirada a los rostros hostiles a su alrededor antes de girar y salir de prisa, sin molestarse en conseguir lo que había ido a buscar.

—Por fin —susurró una mujer—. A los de su clase no se les debería permitir entrar aquí.

Paxton apretó los dientes. Se abrió paso a través de las personas y deslizó una moneda de cobre sobre la barra.

—Esto debería cubrir la factura del señor Sandbar y mi bebida. Quédate el resto. —El cantinero asintió, pálido, y aceptó el pago.

Cuando Paxton se volvió para irse, las dos muchachas estaban en su camino, bonitas con sus largas trenzas y sus faldas de algodón. Él sabía que tenían unos dieciséis años, uno menos que Tiern.

—Fue generoso de tu parte pagar su deuda —dijo una de ellas, inclinando la cabeza tímidamente hacia él—. Pobre hombre.

Cuando volvió a mirar a la chica, todo lo que vio era dolor futuro y pérdida, el mismo destino que les esperaba a todos los que

deseaban formar una familia, y no el tipo de futuro que quería para sí mismo. Paxton no tenía intención de permanecer en Cabo Creek para siempre.

—Vuelvan a casa antes de que caiga la noche —dijo Paxton.  
Pasó al lado de las chicas y dejó el pub sofocante tras de sí.